



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

No se puede servir a Dios y al dinero

Reflexiones sobre el Evangelio de Mateo 6, 24-34 (8º Domingo del Tiempo Ordinario - Ciclo A – 26 de febrero de 2017)



Cuando reflexionaba el Evangelio que la Iglesia nos propone para hoy vinieron a mi memoria estas dos citas para compartir con vosotros:

* “Hemos logrado avances notables en la reducción del número de personas que subsiste con menos de 1,25 dólares al día en el mundo en desarrollo, pero el hecho de que sigue habiendo 1200 millones de personas viviendo en la **pobreza extrema** es una mancha en nuestra conciencia colectiva”.

* “... hoy tenemos que decir ‘no a una economía de la exclusión y la inequidad’. Esa economía mata. No puede ser que no sea noticia que muere de frío un anciano en situación de calle y que sí lo sea una caída de dos puntos en la bolsa. Eso es exclusión. No se puede tolerar más que se tire comida cuando hay gente que pasa hambre. Eso es inequidad.”

Los autores, aunque provienen de dos mundos totalmente diferentes, el primero es el presidente del Banco Mundial, Jim Yong Kim y el segundo es el Papa Francisco (EG 53), nos ofrecen la radiografía de un mundo enfermo, un mundo que está sufriendo los efectos de un sistema económico injusto e inequitativo que va dejando, como los huracanes, una estela de víctimas por donde pasa.

Jesús de Nazaret, hace 2000 años, ya prevenía a sus discípulos sobre los efectos nocivos que tenía para la vida de la comunidad la idolatría del dinero. Cuando empezamos a sentir que la acumulación y el consumo se van erigiendo como fines en sí mismos y el poder económico se convierta en el criterio fundamental con el que “valoramos” la relevancia de los demás para nosotros, se han de encender todas las alarmas pues estaríamos a punto de sucumbir ante un sistema que hace mucho daño al conjunto de la humanidad y que es abiertamente antievangélico.

Cuando Jesús dice “**no podéis servir a Dios y al dinero**” no está haciendo una afirmación retórica, es una afirmación programática. Se pone un obstáculo serio al Reino de Dios

cuando el sistema que rige las relaciones entre las personas es excluyente y priva de los bienes necesarios para vivir con dignidad a un número significativo de hermanos y cuando, por encima del criterio de bondad y de justicia, se coloca el afán desmedido de poseer. El Reino es incompatible con un sistema que empobrece. El Reino es incompatible con un sistema que genera hombres y mujeres de segunda categoría, aquellos que por la acumulación de otros, no tienen, no saben, no pueden y no cuentan. El Reino es incompatible cuando ponemos nuestra confianza en el dinero haciéndolo fin y no medio.

Sé que la afirmación que sigue puede resultar fuerte y herir algunas susceptibilidades sin embargo, por fidelidad al Evangelio y a los últimos, siento el deber moral de compartirla con vosotros: cuando al hacer la jerarquía de los valores que construyen la sociedad el primer lugar lo ocupa el afán de poseer y de acumular, como lo estamos presenciando hoy con el desenfreno del consumo y el poner por encima de las personas la salvación de los sistemas financieros, **no hay lugar para Dios**: “Nadie puede servir a dos amos, porque odiará a uno y querrá al otro, o será fiel a uno y depreciará al otro. No se puede servir a Dios y al dinero”.

Pasando del plano estructural al plano personal es importante que nos paremos un instante y sintamos que este mensaje también es para cada uno de nosotros pues, en mayor o menor medida, muchos somos cómplices del reinado de este sistema que enarbola con fuerza la bandera del endiosamiento del dinero y de su vasallo el mercado. Nos callamos ante la inundación de la publicidad que adormece nuestras conciencias y nos convierte en objetivo de los creadores de necesidades. Somos cómplices cuando, cayendo en la estrategia de la obsolescencia temprana de los productos, reemplazamos, sin más, artículos que están en perfecto estado. Somos cómplices, en fin, cuando bajamos la cabeza ante el poder del mercado aunque nuestro discurso, muchas veces tímido y susurrado, hable de consumo responsable.

¿Hay alternativas?, creo que sí. No se trata de canonizar la pobreza pues ésta es también antievangélica, Dios no quiere que **ninguno de sus hijos** viva indignamente. Pero si los pobres nos unimos contra la pobreza y le abrimos cada vez más espacio a la sobriedad y a la austeridad compartida se obrará el milagro del contagio de la solidaridad y no solo habrá comida para todos sino que, como aparece en el evangelio de la multiplicación de los panes y los peces, sobrará.